

## **Tolerancia a la desigualdad en América Latina**

María José Álvarez Rivadulla<sup>1</sup>  
Universidad del Rosario, Colombia

Roberto da Matta, antropólogo brasileño, plantea en un viejo ensayo que la frase “Usted sabe con quién está hablando?” es un ritual en Brasil (da Matta 1979). Es un ritual, argumenta, porque se ejecuta sistemáticamente localizando al hablante y al receptor en posiciones jerárquicas bien distintas, constituyéndose en un marcador de clase que deja al receptor sin demasiadas palabras para responder. Guillermo O’ Donnell, politólogo argentino, comparando Rio de Janeiro con Buenos Aires, sostiene que la frase no tendría el mismo efecto en la segunda ciudad. Allí, dice, debido a que se trata de una sociedad mucho más igualitaria que la carioca, el receptor contestaría: “a mí qué me importa” (O’Donnell 1984).

Siguiendo con esta idea de que hay países más tolerantes y países más intolerantes a la desigualdad, Ruben Kaztman (2007) nos invita a clasificar a los países de la región según sus niveles de tolerancia a la desigualdad reflejados en los patrones dominantes de interacción entre clases. Esto es, el grado en que factores adscritos, como la clase o la raza, pesan en las relaciones entre las personas, el grado en que la jerarquía o la igualdad operan como reguladores de las interacciones. Esta tolerancia estaría determinada por diversos factores interrelacionados, entre ellos los niveles de desigualdad existentes, las oportunidades de encuentro de las distintas clases sociales en los servicios y espacios públicos así como en los barrios (niveles de segregación) y, más a largo plazo, de las matrices históricas de relaciones inter-clase y sus cambios (desde la existencia de mano de obra nativa o esclava “exploitable” durante la colonia hasta cómo se han procesado los cambios relacionados a la apertura económica y sus efectos sobre los menos privilegiados).

Siguiendo este tipo de argumentación, habría países donde las interacciones entre clases son más igualitarias y países donde son más distantes y serviles. Países con menos desigualdad objetiva tradicionalmente como Uruguay o Argentina estarían entre los primeros y países con mayor desigualdad objetiva como Brasil o Colombia estarían entre los segundos. No existen estudios comparados sobre estos temas en la región ni en el mundo, con las excepciones que mencionaré más abajo. Este trabajo es un intento de pensar esta dimensión subjetiva y cotidiana de la desigualdad socioeconómica en clave comparada a partir de datos empíricos.

Los datos provienen de dos fuentes principales. Por un lado, de la encuesta LAPOP-Barómetro de las Américas, ola 2012. Y, por otro, de mi trabajo de campo en dos ciudades capitales de la región con historias y contextos objetivos de desigualdad opuestos, las ciudades de Bogotá y Montevideo, la primera mucho más inequitativa que la segunda. El mismo pertenece a un proyecto más grande que incluye 88 entrevistas a personas de clase alta, personas de clase media y sus empleadas domésticas y que busca analizar la relación intrínsecamente desigual del empleo doméstico, las opciones educativas y la elección de barrio, como tres instancias en las que se materializan percepciones acerca del lugar que las personas ocupan en la escala social y el lugar que creen que ocupan los otros. Tres instancias en las que las personas se mueven entre la naturalización y el cuestionamiento de la desigualdad.

---

<sup>1</sup> Agradezco la invaluable colaboración de mis asistentes de investigación en Montevideo, Denise Courtoisie, y en Bogotá, Ivette González, Laura Díaz y Katherine Gaitán. También a Ruben Kaztman, la lectura de una versión preliminar de este artículo, pero, más fundamentalmente, los años de intercambios informales sobre estos temas sin los cuales, seguramente, estas preguntas nunca se me hubieran ocurrido.

En este artículo expongo algunas de las primeras ideas que surgen del trabajo de campo y del análisis cuantitativo de datos entrando en diálogo con algunos autores que sostienen que existen distintos niveles de tolerancia a la desigualdad en países con tradiciones de igualdad objetiva diferentes. Mi intuición luego de un análisis preliminar de los datos del proyecto es que esto no es tan claro. En un mismo país, en un mismo grupo y en una misma persona hay aspectos que cuestionan la desigualdad y otros que la legitiman. Existen más contradicciones que alineamientos tanto entre los valores y actitudes de tolerancia a la desigualdad como entre ellos y las prácticas.

## ANTECEDENTES

Latinoamérica es un continente que se caracteriza por una enorme distancia entre los más pobres y los más ricos (Ferranti, Perry, Ferreira, and Walton 2003). A pesar de la gran cantidad de investigación acerca de pobreza y desigualdad, sus características y su relación con el crecimiento económico y con distintos modelos de desarrollo, sabemos muy poco acerca de qué piensan y cómo conviven con altos niveles de desigualdad los habitantes de estos países. Estas percepciones y prácticas pueden sin embargo tener un efecto acentuador de las desigualdades objetivas, reproduciéndolas e impidiendo su cambio. Explorar esta dimensión subjetiva y práctica de la desigualdad resulta clave para entender la perpetuación de una realidad que es preocupante para gobiernos, organismos internacionales y académicos por igual.

En general y no solo en la región, no existen muchos estudios empíricos comparados de este fenómeno, de estas distintas maneras de situarse en la escala social, de percibir distintos niveles de desigualdad y de actuar en consecuencia. Hay por supuesto trabajos muy interesantes de casos particulares, empezando por los tradicionales trabajos del historiador E.P. Thompson sobre la formación de la clase trabajadora inglesa (Thompson 1966). Por poner un ejemplo reciente, Khan (2011) en su excelente etnografía *Privilege* da cuenta de cómo se educa a una elite adolescente en uno de los colegios más prestigiosos y tradicionales de Estados Unidos, y cómo en ese proceso se va formando una clase. Allí es interesante ver cómo los chicos que provienen de clase alta sostenida tienen una relación más cercana con el personal de servicio del colegio, aunque siempre están claras las jerarquías, mientras que los de clase media intentan mantener las distancias con quienes sienten más cercanos a ellos y de los que se quieren distinguir. “Parte del trabajo realizado por las elites americanas –señala Khan- es preservar las jerarquías y, al mismo tiempo, hacerlas invisibles” (57). En la región podemos destacar el ya tradicional trabajo de Minujin y Kessler (1995) sobre la caída de la clase media y la pobreza “puertas adentro” en la Argentina de los años 90, que nos muestra la movilidad descendente desde la perspectiva de los propios sujetos.

Entre los trabajos comparados existentes, destaco tres. Por un lado, el proyecto internacional coordinado por Bernd Wegener en el Instituto de Estudios de Justicia Social en la Universidad Humboldt de Berlín que estudia, a partir de encuestas las creencias populares y actitudes sobre la justicia social, económica y política. Inspirado en evaluar los cambios en las creencias sobre justicia en las sociedades de Europa del Este en transición al capitalismo y en comparación a sociedades capitalistas, el proyecto se ha extendido recientemente a otros países, como por ejemplo a Chile, donde resulta interesante el contexto de alta desigualdad con baja conflictividad (Castillo 2007; Puga 2011). (En la región, es de hecho en Chile donde se están realizando los estudios más interesantes acerca de desigualdad subjetiva y cotidiana).<sup>2</sup> Por otro

---

<sup>2</sup>Destaco dos líneas de trabajo. Una un esfuerzo por entender los significados de la creciente cantidad de población que se autoidentifica como de clase media en este país (ver: Méndez 2008 siguiendo el trabajo de Mike Savage en Inglaterra) así como su heterogeneidad en términos de ocupación, educación y estilos de consumo (Barozet and Jaime 2011; Barozet and

lado, Michèle Lamont ha realizado dos trabajos comparando significados de clase en Estados Unidos y Francia para sectores de clase medio-alta (1994) y trabajadora (2002). Allí encuentra por ejemplo que categorías raciales como los negros en Estados Unidos y los inmigrantes en Francia son usadas por las clases trabajadoras blancas para diferenciarse de ellos en base a límites morales y socioeconómicos que les daban un sentido de pertenencia y dignidad. Finalmente, hace unos años Vicente Espinoza dirigió un proyecto comparando movilidad ocupacional en tres áreas urbanas del Cono Sur: Santiago, Buenos Aires y Montevideo, que constituye el antecedente más directo del presente trabajo (Espinoza 2002; Kessler and Espinoza 2003). La encuesta en la que se basa tuvo un componente de percepciones analizado por Francisca Márquez, quien también ha trabajado subjetividad de la desigualdad para Chile en más profundidad (Marquez 2007).

Como señala Kaztman (2007) el problema del primer tipo de estudios para mirar tolerancia a la desigualdad es que no son estudios comparados. El problema de los segundos, que él lo atribuye sólo a los estudios de encuestas pero que yo lo extendería a estudios sólo basados en percepciones, aún si son entrevistas más a profundidad, es que no permiten llegar a lo que la gente efectivamente hace, a las prácticas, a cómo se convive diariamente con distintos niveles de desigualdad. El proyecto en que se basa este artículo pretende superar esto incluyendo por un lado análisis cuantitativo de opinión y por otro análisis más en profundidad intentando llegar a prácticas educativas, residenciales y de relacionamiento con otras clases. Está en falta, sin embargo, de realizar un análisis observacional que permita realmente comparar prácticas. De todas formas, el análisis de los datos recogidos ha comenzado a dar algunas pistas interesantes en clave comparada.

## **ALTA DESIGUALDAD SIN NATURALIZACION.**

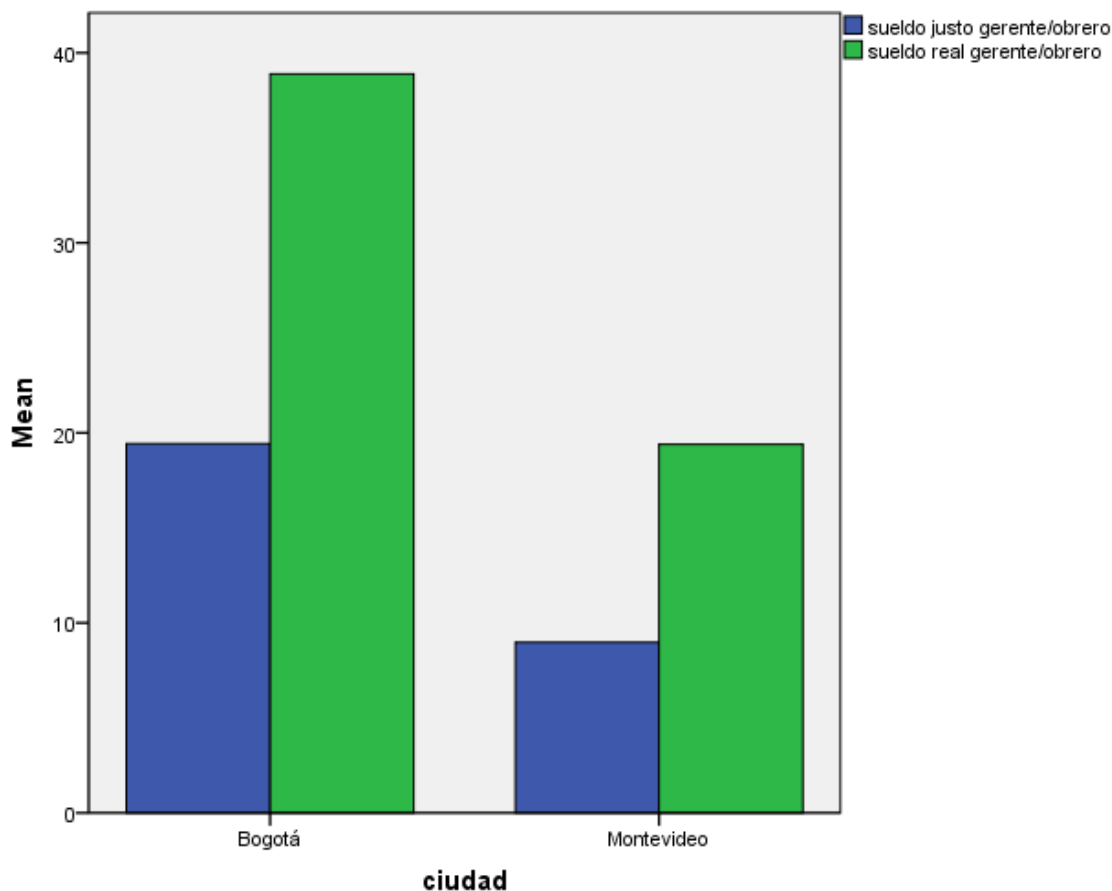
La teoría y algunos datos empíricos nos hablan de que a mayor desigualdad objetiva, mayor es la tolerancia a la desigualdad, su legitimación. Sin embargo, aún en contextos con historias de desigualdad objetiva alta, la desigualdad no se naturaliza completamente, se cuestiona. Voy a poner dos ejemplos que provienen de mi trabajo de campo. El primero tiene que ver con el estudio de las opiniones de la gente sobre los salarios justos. El segundo tiene que ver con las empleadas domésticas en un contexto de desigualdad alta.

Uno de los indicadores que ha sido usado en estudios comparados para aproximarse a la legitimación de la desigualdad ha sido la brecha justa de ingresos (Verwiebe and Wegener 2000). Se les pregunta a las personas cuál es el salario que cree que ganan distintas ocupaciones. Y luego cuánto cree que deberían ganar. Así, se calculan las razones entre ocupaciones de alto estatus y ocupaciones de bajo estatus y se compara la brecha percibida y la brecha justa. Cuánto más alta la brecha justa y menor la distancia entre brecha percibida y brecha justa, mayor legitimación de la desigualdad. En mi trabajo de campo en Bogotá y Montevideo, además de las entrevistas abiertas, incluí un cuestionario cerrado que tenía estas preguntas. Así, pude comparar las brechas percibidas y justas para el salario de un gerente de una gran empresa nacional versus el salario de un obrero no calificado de una fábrica.

---

Espinoza 2009). La otra línea interesante estudia las interacciones inter-clase en distintas ciudades chilenas, a partir de un proyecto dirigido por Francisco Sabatini, Guillermo Wormald y Ruben Kaztman (Wormald, Flores, Sabatini, Trebilcock, and Rasse Figueroa 2012).

### Brecha salarial percibida y justa de gerente/obrero, Montevideo (N=41) y Bogotá (N=45).



Los niveles de desigualdad percibidos y justos en ambas ciudades son distintos. En Bogotá, se percibe y aceptan como justos unos niveles de desigualdad mucho más altos (el doble) que en Montevideo. Esto posiblemente responda a los efectivos mayores niveles de desigualdad salarial en Bogotá. Sin embargo, en ambas ciudades la brecha justa es menor que la brecha percibida. En ambos contextos los entrevistados no parecen legitimar las desigualdades existentes. Quisieran reducirlas, y en ambos casos quisieran reducirlas a la mitad. En ambos casos los entrevistados creen que las brechas existentes son el doble que las deseables. Esta similitud es lo que me parece más relevante de los resultados pues muestra niveles similares de intolerancia a la desigualdad, relativos a los contextos específicos. Finalmente, en ambos casos niveles relativamente altos de desigualdad son aceptables. Las brechas justas no se cierran. Pero los niveles existentes de desigualdad son percibidos en ambos casos como indeseables.

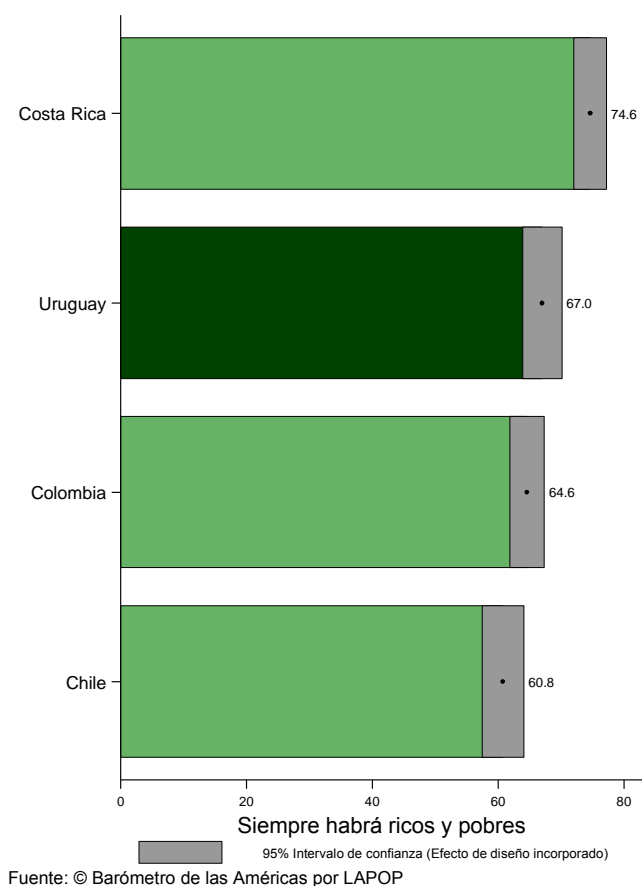
Además de mirar diferencias nacionales o contextuales es importante prestar atención a los individuos y grupos de individuos que interactúan con esos contextos. Así, voy a poner un segundo ejemplo comparando a empleadas domésticas de ambas ciudades. El servicio doméstico es una ventana privilegiada para observar las relaciones inter-clase en una sociedad. Es un empleo que acerca a personas con distintas trayectorias y posiciones sociales y que las acerca en un ámbito muy significativo e íntimo como es el doméstico. Permite además la comparación entre sociedades. ¿Es el trato entre empleadas y empleadores más igualitario en sociedades más igualitarias? En un análisis preliminar de los datos, la respuesta no es tan clara. Por un lado, la regulación del empleo doméstico está mucho más extendida en Uruguay que en Colombia y esa es una diferencia crucial que va en el sentido de la hipótesis de menor tolerancia a mayor igualdad objetiva. En el momento que realizamos

el trabajo de campo estaban teniendo lugar inspecciones en casas de familia del Ministerio de Trabajo de Uruguay para ver si había empleada y si la empleada estaba en regla. Eso tiene un efecto en la igualdad de las relaciones y en cómo las empleadas se empoderan de sus derechos.

Sin embargo, como algunas empleadas nos hicieron notar, tanto en Bogotá como en Montevideo, el trato igualitario no siempre va de la mano de derechos laborales. Por lo general son los empleadores de clases más altas los que más cumplen con los derechos laborales y sin embargo, las relaciones con esos patrones son más verticales o distantes. Los empleadores de clase media, por el contrario, no siempre cumplen con los derechos laborales pero el trato es más horizontal. Esa tensión entre derechos y trato estuvo presente en varias entrevistas. Conversando con una sindicalista en Montevideo, ella me decía “no queremos ser miembros de la familia, queremos ser empleadas con derechos”. Sin embargo, en la misma conversación, resaltaba cómo la suya era una buena empleadora porque cocinaba a la par de ella, limpiaban juntas, y conversaban. Ser tratadas como iguales, como personas y no como “máquinas”, fue un deseo repetido entre empleadas de aquí y de allá. Finalmente, es importante destacar que las empleadas bogotanas, aun las que habían trabajado siempre sin derechos laborales y en casas de clase alta con quienes tenían un trato vertical, reconocían y cuestionaban la existencia de la desigualdad. No estamos encontrando en el análisis una “cultura de la sumisión” ni nada parecido sino unas condiciones de vida que obligan a trabajar en ciertos empleos y en ciertas condiciones.

Para ilustrar el reconocimiento y rechazo a la desigualdad, voy a poner el caso de Damaris y de July, ambas empleadas, mujeres afro, migrantes del noroeste colombiano, que trabajan en casas de familias de clase media alta en Bogotá. July estudió un curso de enfermería pero nunca pudo trabajar de eso. Su esperanza es que sus hijos no reproduzcan su historia y como todas las empleadas con las que hablé, hace un gran esfuerzo para educar a sus hijos, para que sean profesionales. En la casa donde trabaja cuida un niño pequeño y hace las tareas de la casa, pero recibe ayuda de otra señora que va a planchar una vez a la semana y de otra que va algunos días como niñera. A pesar de tener prestaciones y de tener unas condiciones laborales que considera como buenas, su salario le parece bajo. Le gusta que la traten bien en sus trabajos y por eso le gustan sus empleadores actuales. Lo que más la indigna es el racismo que percibe en Bogotá. Siente que la miran mal en el transporte público por ser negra. Es esa desigualdad, la racial, la que más indigna a ambas mujeres. Damaris también la señala diciendo: “Nadie es más que nadie. Ni un negro es más que un blanco ni un blanco es más que un negro, ni un indio es más que nadie. Todos somos iguales, córtenos y verá que somos del mismo color, cuando la sangre sea distinto color, ahí hablamos.” A pesar de que algunas empleadas en Bogotá me hablaron del uniforme como un derecho laboral, para no ensuciar su ropa, a Damaris no le gusta usarlo. “Yo no trabajo con uniforme aquí, a mí no me gustan los trajes de gala (risas). A veces hay trabajos que si se lo piden a uno y uno se lo tiene que poner (...) Aquí mis jefes relajados. (...) Yo trabajo en sudadera [ropa deportiva]. No me gustan los uniformes. Se ven tan feo. Y apenas lo ven pasar saben en qué trabaja uno, en cambio uno sale y en la esquina ve a una persona en sudadera, puede hasta mentirles.”

A pesar de reconocer la desigualdad e indignarse y abandonar previos empleos por tratos que consideraban injustos de sus jefes, ambas creen que cambiar la desigualdad es imposible. En esto no son distintas, sin embargo, a otras personas al menos en la región. Una cosa son las ideas de justicia que la gente tiene y otra las ideas de lo posible en este contexto particular, como sugiere Ismael Puga en su análisis de ideas de justicia entre los chilenos (Puga 2011). Una pregunta de la última ronda de la encuesta LAPOP se acercó a cuán fatalistas eran los latinoamericanos respecto a la inevitabilidad de la desigualdad. En general, la opinión de los latinoamericanos es bastante fatalista. Creen que la desigualdad siempre ha existido y no va a cambiar. En una escala de 0 100 el promedio en los países para los que tenemos información está por encima del 60.



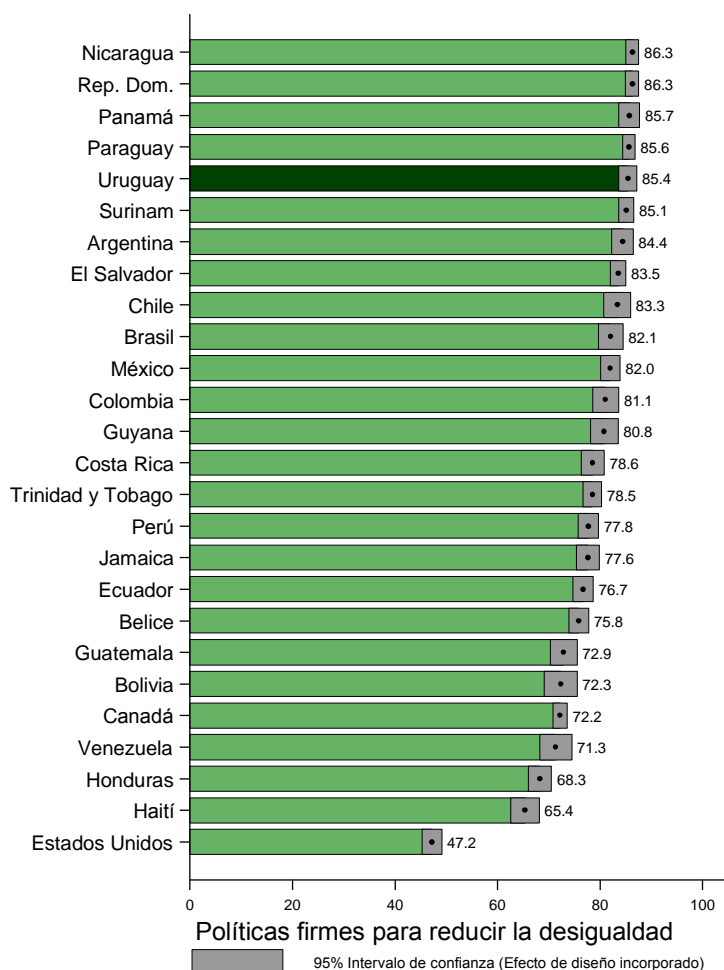
Resulta interesante, y contribuye al argumento que defiendo aquí, de no correspondencia necesaria entre legitimación y desigualdades duraderas, que los países más fatalistas son justamente los dos más igualitarios de la región en términos de sus índices de Gini y de sus estados de bienestar, Costa Rica y Uruguay.

## BAJA DESIGUALDAD con NUEVAS FRACTURAS

Uno de los indicadores posibles de cuán tolerante es una sociedad o un individuo a la desigualdad es en qué medida se comparten valores como el igualitarismo o la ideología meritocrática. Mientras el igualitarismo hablaría de una intolerancia a la desigualdad, la creencia en el esfuerzo como mecanismo de distribución tiende a legitimar la existencia de la desigualdad. Sin embargo, una misma persona puede tener ambos discursos. Algunos autores hablan, por ello, de “conciencia dividida.” Otros se interesan en ver cómo ambos son articulados por las personas para entender distintas cosas, por ejemplo, como señala Puga (2011), el mundo de lo posible, donde se valora el esfuerzo, y el mundo de lo deseable, donde se valora el igualitarismo. Más que buscar coincidencias es en esas contradicciones que podemos encontrar las preguntas y posibles hipótesis para entender cómo distintos grupos conviven con la desigualdad.

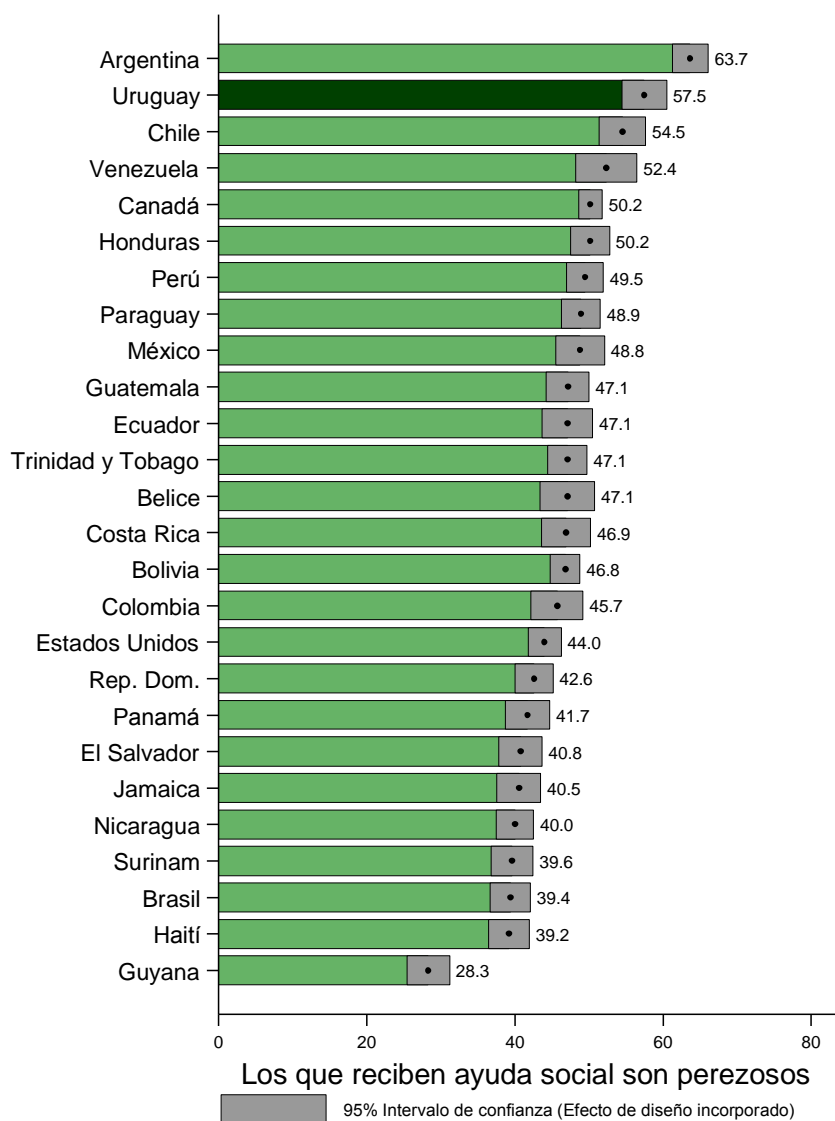
Una pregunta interesante que incluye la encuesta LAPOP para todos los países de América, y que puede ser un indicador a la vez de igualitarismo y de estatismo, es el grado de acuerdo con que el estado debe implementar políticas firmes para reducir la desigualdad. Si vemos las respuestas a esa pregunta, los países se alinean levemente de acuerdo a sus niveles de desigualdad objetiva. Sin embargo, lo que más salta a la luz en esta gráfica es que todos los países de América Latina muestran un altísimo nivel de acuerdo con que el estado intervenga para reducir la desigualdad, principalmente

en comparación con Estados Unidos, único país de las Américas donde el nivel de acuerdo con esta frase es inferior a medio.



Fuente: © Barómetro de las Américas por LAPOP

Argentina y Uruguay, países de baja desigualdad, están en el grupo de más alto igualitarismo, medido de esta forma. Sin embargo, también tienen los dos primeros lugares en el acuerdo con otra frase que va en sentido bastante contrario. Argentinos y uruguayos piensan que los que reciben ayuda del estado son perezosos. Países más inequitativos, como Brasil o Colombia, entretanto, muestran un menor nivel de acuerdo. Esta frase, que ha sido la consigna de los argumentos de “cultura de la pobreza” para dismantelar estados de bienestar como el americano, no se asocia precisamente a igualitarismo como principio de distribución.



Fuente: © Barómetro de las Américas por LAPOP

¿Cómo hacer sentido de estas contradicciones? No me satisface la idea de una conciencia dividida, de unos individuos psicológicamente duales (Castillo 2007). Es preciso entender los contextos específicos y los cambios recientes en la estructura social y la arquitectura de los estados de bienestar en los que se enmarcan estas respuestas. Tanto Argentina como Uruguay fueron de los primeros países en la región en extender prestaciones sociales a una extendida masa de trabajadores urbanos formales. También se caracterizaron por sistemas educativos públicos extendidos y poli-clasistas. En las últimas décadas esto ha cambiado. La ola liberalizadora y privatizadora de las últimas décadas del siglo pasado dejó secuelas importantes en la estructura social y en los estados de estos países, entre ellas una disminución del trabajo formal y un abandono creciente de las clases medias de los servicios públicos. La bonanza reciente en ambos países así como las mejoras en términos de equidad no han logrado recuperar los niveles de igualdad del pasado. Asimismo, en ambos países, como en muchos de la región, se implementaron programas de transferencias condicionadas para las familias más pobres. Es en el marco de un rechazo a este tipo de política, por parte de quienes no las reciben, que debe entenderse esa asociación entre ayuda estatal y falta de esfuerzo.



A diferencia de las políticas universales, estas políticas focalizadas generaron una categoría de personas que recibe la política. Frente a ellas, los otros levantan “límites simbólicos” (Lamont 1994; Lamont 2001; Lamont 2002; Lamont and Molnar 2002; Pachucki, Pendergrass, and Lamont 2007) que las distinguen en base no solo a características socioeconómicas sino, fundamentalmente, morales. Es en este marco que podemos entender que las opiniones más negativas y moralizantes sobre quienes reciben ayuda estatal vengan de quienes están más cerca en términos espaciales y sociales de ellos. Así, Julia, una empleada doméstica de Piedras Blancas, barrio popular montevideano, militante de izquierda, me decía:

A ellos les están dando vivienda. No sé si tu viste cuando venias para acá, las viviendas que les dieron en General Flores y Bulevar. Fijate que un edificio todo de ladrillos, le entregaron las llaves el otro día. ¡Mejor que yo! ¡En pleno General Flores y Bulevar! Yo pago prima, pago contribución, pago impuestos (...) Como yo les digo, los chiquilines tienen que estar llenos de piojos, chorreando mocos para que te den la asignación. (...) Y toda esa juventud tan vaga, antes le decías a los chiquilines: Ay cortate el pasto y te doy 100 pesos. Saltaban! Ahora quieren 1000 pesos, o 500 pesos.

Julia ilustra un rechazo a los criterios de distribución de este tipo de políticas basado en una sensación de injusticia con su propio esfuerzo que escuché en repetidas ocasiones en mi trabajo de campo, entre personas de sectores populares que no recibían las transferencias. Mientras en países como Brasil, las transferencias son apoyadas principalmente por los menos privilegiados en términos económicos, en Uruguay la opinión de que los que reciben ayuda son perezosos es bastante generalizada y no tiene un corte claro de clase, aunque las formas que toma el rechazo tiene, como vimos con la opinión de Julia, matices distintos según la posición social del individuo.<sup>3</sup>

## DISCUSIÓN Y COMENTARIOS FINALES

La tolerancia a la desigualdad es un fenómeno complejo y escurridizo que hace difícil tener un solo indicador o incluso construir un índice para medirlo. Existe baja correlación entre elementos que uno pensaría que podrían integrar un índice de tolerancia a la desigualdad. Si bien puede ser que no tengamos los datos o los instrumentos necesarios, es decir que tengamos un problema metodológico de validez, también es probable que el fenómeno en sí sea contradictorio. Aún más, tal vez sean esas contradicciones y los cambios en el tiempo de los distintos indicadores lo más interesante para estudiar.

Es relativamente sencillo clasificar a los países según su igualdad objetiva, basándonos en índices de Gini o en su gasto público social, por poner solo dos ejemplos. Pero, como vimos, es bastante complejo clasificar a los países según su tolerancia a la desigualdad. Podemos clasificarlos según uno u otro aspecto de ella. Pero las afirmaciones grandilocuentes o anecdóticas, por más razonables que parezcan, como la de O'Donnell que da inicio a este artículo, suelen no sobrevivir a análisis sistemáticos.

Los ejemplos trabajados en este artículo muestran la complejidad de evaluar la tolerancia a la desigualdad como un fenómeno único. El camino más interesante de análisis parece ser entonces

---

<sup>3</sup> En un análisis de regresión con los datos de LAPOP, que tenía como variable dependiente el grado de apoyo a la afirmación de que todos los que reciben ayuda del estado son perezosos, para Brasil, los más ricos y educados estaban más a favor de esta afirmación mientras que los más pobres y menos educados no estaban de acuerdo con ella. En Uruguay en cambio, la opinión es más consensuada entre grupos socioeconómicos y los únicos que están en desacuerdo con esa frase son los que reciben ayuda y los que se declaran más de izquierda. (Las variables edad, sexo, color de piel y clase social subjetiva no fueron significativas para ninguno de los países). Es importante destacar que el porcentaje que declara recibir ayuda en ambos países es similar (17.4 en Uruguay y 19.5 en Brasil con intervalos de confianza superpuestos).

focalizarse en éstas contradicciones entre derechos y cotidianidad, prácticas y discursos y entre los discursos, derechos y prácticas mismas. Más que intentar sacar una foto o un ranking de la tolerancia a la desigualdad de los distintos países, tal vez rinda más teórica y empíricamente estudiar cómo distintos tipos de individuos conviven con contextos distintos y cambiantes de desigualdad y cómo hacen sentido de ella. Para este tipo de análisis es importante estar abierto al análisis de datos distintos y a métodos diversos. Y, fundamentalmente, realizar análisis comparados. El análisis de encuestas es muy útil para poder comparar información disponible para varios países. Pero es insuficiente, como vimos, para entender las implicaciones en la práctica de esas actitudes y valores. Para esto último creo que es fundamental realizar análisis cualitativo. Y hay ejemplos muy interesantes de estudios de cotidianidad de la desigualdad. Sin embargo, no hay muchos de estos estudios comparados para distintos contextos. Es ahí donde todavía tenemos un campo muy rico para explorar.

## REFERENCIAS

- Barozet, Emmanuelle and Fierro Jaime. 2011. "Clase media en Chile, 1990-2011 algunas implicancias sociales y políticas." Santiago, Chile: Fundación Konrad Adenauer.
- Barozet, Emmanuelle and Vicente Espinoza. 2009. "¿De qué hablamos cuando decimos "clase media"? Perspectivas sobre el caso chileno." in *La estratificación social hoy en Chile*. Santiago Expansiva-UDP-La Tercera.
- Castillo, Juan. 2007. "Legitimation and justice ideologies in contexts of extreme economic inequality. Three developing countries in comparative perspective." Working Paper No. 125.
- da Matta, Roberto 1979. *Carnavais, malandros e heróis : para uma sociologia do dilema brasileiro*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Espinoza, Vicente. 2002. "La movilidad ocupacional en el Conosur. Acerca de las raíces estructurales de la desigualdad social." *Proposiciones* 34.
- Ferranti, David de, Guillermo E. Perry, Francisco H. G. Ferreira, and Michael Walton. 2003. *Inequality in Latin America. Breaking with History?* Washington, D. C.: The World Bank.
- Kaztman, Ruben. 2007. "La calidad de las relaciones sociales en las grandes ciudades de América Latinavejos y nuevos determinantes." *Pensamiento iberoamericano* 1:177-205.
- Kessler, Gabriel and Vicente Espinoza. 2003. *Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina : rupturas y algunas paradojas del caso de Buenos Aires*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, División de Desarrollo Social.
- Khan, Shamus Rahman. 2011. *Privilege : the making of an adolescent elite at St. Paul's School*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Lamont, Michele. 1994. *Money, morals and manners : culture of the French and the American upper-middle class*. [S.l.]: University of Chicago Press.
- . 2001. "Symbolic Boundaries: Overview." in *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, edited by N. J. Smelser and P. B. Baltes: Elsevier.
- . 2002. *The Dignity of Working Men : morality and the boundaries of race, class and Immigration*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Lamont, Michele and Virag Molnar. 2002. "THE STUDY OF BOUNDARIES IN THE SOCIAL SCIENCES." *Annual Review of Sociology* 28:167-195.
- Marquez, Francisca. 2007. "Cultura y movilidad en los años noventa:Santiago, Buenos Aires y Montevideo." in *Estratificación y movilidad social en América Latina*, edited by R. Franco, A. León, and R. Atria. Santiago Naciones Unidas
- Méndez , María Luisa. 2008. "Middle class identities in a neoliberal age: tensions between contested authenticities." *The Sociological Review* 56:220-237.

- Minujin, Alberto and Gabriel Kessler. 1995. *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Planeta.
- O'Donnell, Guillermo A. 1984. "Y a mi, que me importa ? Notas sobre sociabilidad y politica en Argentina y Brasil." *Working Paper 9*. Notre Dame: Univ. of Notre Dame, Helen Kellogg Inst. for International Studies.
- Pachucki, M. A., S. Pendergrass, and M. Lamont. 2007. "Boundary processes: Recent theoretical developments and new contributions." *Poetics* 35:331-351.
- Puga, Ismael. 2011. "Lo justo y lo posible: Desigualdad, Legitimidad e Ideología en Chile." in *Desigualdad, legitimación y conflicto. Dimensiones políticas y culturales de la desigualdad en América Latina.* , edited by M. B. y. A. D. Mayarí Castillo. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Thompson, Edward Palmer. 1966. *The Making of the English Working Class* London Vintage Books.
- Verwiebe, Roland and Bernd Wegener. 2000. "Social Inequality and the Perceived Income Justice Gap." *Social Justice Research* 13.
- Wormald, Guillermo, Carolina Flores, Francisco Sabatini, María Paz Trebilcock, and Alejandra Rasse Figueroa. 2012. "Cultura de cohesión e integración en las ciudades chilenas." *Revista INVI* 27:117-145.